

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

82

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2015

VIDA ANIMAL

LA ARITMÉTICA DEL LEÓN

✎ DANIEL KRAUZE

Pocos animales han convivido de manera más cercana con el ser humano como el león, al que aniquilamos conforme nos expandimos por la tierra (un mapa, publicado el año pasado por la organización Panthera, que compara las áreas histórica y actual de la población de leones, nos da una idea del calibre del exterminio). Sus figuras recorren nuestra imaginación y nuestro mundo, haciendo acto de presencia desde la cueva de Chauvet hasta las constelaciones. El león es símbolo de justicia (Plinio el Viejo dijo que “entre las bestias, solo el león perdona a quien suplica”), guardián de palacios, ciudadelas y oficinas, así como prueba de valentía para los héroes de leyenda: Sansón, Gilgamesh, David y Hércules. A medida que la civilización humana ganó terreno (y fuerza), el león abandonó la fantasía. Miles acabaron masacrados en arenas romanas y torneos de gladiadores, y miles más han sido asesinados por occidentales, en busca de un trofeo, desde antes del siglo xx (Theodore Roosevelt, presidente de Estados Unidos, fue un cazador mucho más prolífico que Walter Palmer).

Como con otras especies, el ser humano ha tratado al león como objeto de fascinación y como esclavo: adorna banderas pero también entretiene en circos; inspira historias y muere acribillado desde un jeep. Es Cecil, el amigo de los turistas, el animalito que posa para la foto, el que otorga datos a los investigadores, y el carnívoro sin nombre que el estudiante Goodwell Nzou, en una carta pública donde afirma que “en Zimbabue no lloramos por los leones”, se jacta de despreciar: criatura asombrosa o monstruo prescindible. La realidad es que, al igual que nosotros, el león es un animal social, y solo por desgracia de la lotería evolutiva comparte espacio con la raza humana. No hay libro o estudio sobre él —ya sea el trabajo de Dereck y Beverly Joubert o el de George Schaller— que no describa a un animal complejo, como el propio elefante o la jirafa, capaz de tender lazos afectivos, deprimirse con la muerte de un familiar y recordar viejas afrentas.

Es difícil observar la vida de un animal tan interesante y enigmático como el león desde un tamiz que no sea antropomórfico. Y quizá no debemos resistir ese impulso: su salvación tal vez reside en la posibilidad de que proyectemos nuestra idea de lo trágico en ellos. En *Hunting with the moon*, Dereck Joubert relata los últimos días

de un viejo alfa, llamado Sequela, que volvió a Savuti después de pasar años en el exilio. “Con una melena agolpada en trozos aislados, como islas en un mar de piel desnuda, Sequela se había vuelto un animal tristísimo [...] el equivalente al rey Lear”, escribe. Perdido en su viejo territorio, el animal vagaba desahuciado hasta que se encontró con las leonas de su manada, aquellas que años antes aceptaron a un macho más joven, apartándolo del grupo. Joubert cuenta cómo las hembras se acercaron a saludarlo, mientras los machos mantenían distancia, en señal de desinterés o respeto. Esa noche la manada no cazó; durante horas acompañaron a Sequela, rozando sus frentes contra la suya hasta el amanecer. En la mañana, el viejo alfa se despidió de la última hembra y “caminó rumbo a la sombra, donde una brisa suave, que apenas sacudió al pastizal, lo golpeó mientras andaba. El león perdió el balance, desplomándose sobre la tierra”.

Es notable en cuántas ocasiones quienes escriben de leones hablan de ellos en términos shakesperianos (“como el rey Lear”) o políticos, como si fueran nuestros avatares literarios e históricos dentro del mundo animal. En su artículo “The short happy life of a Serengeti lion”, David Quammen describe el perfil de un macho como el de un “senador romano”. A lo largo

del texto—la crónica, digna de un western, de cómo C-Boy vuelve a apoderarse de una manada—, el autor habla de la relación entre leones en términos políticos, a la que denomina “la fría aritmética de la sociedad leonina”. No es casualidad que, entre todas las especies animales, Disney lo haya escogido para protagonizar *El rey león*, una especie de Hamlet animado. Vistas por nosotros, las vidas de los leones inevitablemente adquieren un carácter dramático, como ocurrió con la muerte de Sequela, narrada por un hombre que ha pasado gran parte de su vida estudiando a estos animales con la mirada objetiva de un científico. El tigre es una pesadilla, un villano, un cazador solitario: es Shere Khan, el espectro del poema de Blake y la criatura casi mística de Dersú Uzalá. En contraste, para quien decide observarlo o adaptarlo a la ficción en vez de cazarlo, el león—gregario, misterioso, al mismo tiempo dulce e implacable con sus semejantes— parece ser el espejo idóneo para reflejarnos en el mundo animal.

En *The Serengeti lion*, George Schaller describe la forma en la que el león nos observa. “Sus ojos—dicen—tienen esa mirada indiferente que para el observador humano pueden dar la impresión de que siempre ve a nuestro alrededor pero jamás nos ve de frente.” Al león, el ser humano no le interesa: no tendemos a ser su presa y desconoce que somos un peligro. La paradoja es que nosotros lo hemos mirado con atención desde la prehistoria. La desgracia es que, aun reconociéndonos en él, esa fascinación no redunde en respeto y distancia para nuestro animal de leyenda. —

LITERATURA

EL QUIJOTE DE PÉREZ-REVERTE

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA

Hace algunos meses la Real Academia Española lanzó una edición del *Quijote*, adaptada por Arturo Pérez-Reverte. Esta edición pretende ser “escolar” porque, según explica en el prólogo Pérez-Reverte, cuando se “trata de trabajar en colegios con el texto íntegro, las digresiones y relatos insertos en él



•De lo que le sucedió a nuestro héroe cuando su libro fue podado para una edición escolar.

perturban a veces la aproximación amena, eficaz, que una herramienta educativa o una lectura sencilla pueden reclamar”. Para conseguir ese tipo de lectura, se ha practicado una “labor de poda, muy prudente y calculada, [con] especial atención a la limpieza de los puntos de sutura de los párrafos eliminados, para que la ausencia de estos no se advierta en una lectura convencional. Eso incluye la reenumeración y refundición de algunos capítulos, que en su mayor parte conservan el título del episodio original al que pertenecen. En cada caso se ha procurado respetar la integridad del texto, los episodios fundamentales, el tono y la estructura general de la obra”. Responde este libro a lo que me parece ser una crisis en España, y sin duda también en Hispanoamérica: no se lee a Cervantes, ni siquiera en las escuelas. Mis alumnos españoles me confiesan que no leyeron el *Quijote* en la secundaria, y en la universidad solo los que se especializaron en literatura española. La obra es un monumento nacional y de la lengua, pero, como ocurre

con otros clásicos, se conoce sobre todo de oídas. No creo que la versión de Pérez-Reverte sirva para solucionar este problema, ni que cumpla con los propósitos que el adaptador dice haberse impuesto; sin embargo, su existencia y sus fallas suscitan cuestiones serias sobre la literatura en términos generales y particulares de la época actual.

La poda “prudente y calculada” de que habla Pérez-Reverte no es tal. Su *Quijote* queda reducido a las más conocidas aventuras del hidalgo y su escudero; lo que el público no lector de Cervantes supone que es la novela. Son los episodios “fundamentales” de que habla el adaptador, lo cual implica someterse a un conocimiento estereotipado del *Quijote*. El libro no es una respuesta a la crisis sino una capitulación ante sus causas y efectos.

Entre las principales omisiones, se descartan los dos prólogos, el de 1605 y el de 1615. De la Primera Parte se omiten la aventura de Grisóstomo y Marcela, el discurso de don Quijote sobre la Edad de Oro, la historia de Fernando y Dorotea, el relato de

Cardenio y Luscinda, la novela “El curioso impertinente”, el relato del cautivo. De la Segunda Parte se deja fuera el diálogo de don Quijote con don Diego, el poeta hijo del Caballero del Verde Gabán, el episodio de las bodas de Camacho, el recuento que el hidalgo hace de su descenso a la cueva de Montesinos, la segunda visita a la casa de los duques cuando los protagonistas regresan a casa, con el velorio fingido de Altisidora y la narración de su extraordinario sueño en que aparecen demonios jugando al tenis usando libros por pelotas y raquetas de fuego. Hay muchas otras supresiones y se reorganiza la acción de los episodios, pero la lista anterior da una idea de lo suprimido del original.

En cuanto a los “puntos de sutura de los episodios eliminados” me temo que a Pérez-Reverte se le escaparon no pocos. En la aventura en la Sierra Morena don Quijote quiere escribir la carta a Dulcinea “en un librito de memorias que tenemos”, pero, como se ha omitido la historia de Cardenio, el lector no sabe que el tal librito estaba en la maleta de este que hallaron en el bosque. Ya en la Segunda Parte, cuando Sancho trata de apaciguar a su mujer Teresa al revelar que vuelve a salir de aventuras con don Quijote, alude a poder dar “con otros cien escudos como los ya gastados”, pero esas monedas también estaban en la omitida maleta, así que el lector se preguntará a qué se refiere el escudero. Más adelante, después del vuelo de Clavileño, don Quijote le dice lo siguiente a Sancho, que ha inventado un cuento fantástico sobre lo que vio en las alturas: “Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos”, solo que el hidalgo, en la versión de Pérez-Reverte, nunca le ha dicho lo que vio en la caverna. Hay otros remiendos chapuceros que sería vano enumerar.

Pérez-Reverte no se ha percatado de que Cervantes amalgama habilidosamente en el *Quijote* dos tipos de narración que se le ofrecían en su momento: la linear, épica, consecutiva, de las novelas de caballerías que parodia y utiliza principalmente, y la colección de *novelle*, en el sentido de

cuentos largos al estilo de Boccaccio y Bandello como las que recogerá en 1613 en su *Novelas ejemplares*. La trabazón de la historia de don Fernando, Dorotea, Cardenio y Luscinda con el argumento principal y con la versión neurótica que inventa la Princesa Micomicona (Dorotea misma), que culmina en la venta durante el episodio de los cueros de vino y la declamación de “El curioso impertinente” por el cura, es una joya literaria de los más altos quilates. Quitarla facilita la lectura, la hace “sencilla”, pero también traiciona la obra. Lo mismo sucede con la historia que don Quijote cuenta de su estancia en la cueva de Montesinos, donde se expone el interior del quijotismo. Es el equivalente de los grandes monólogos shakesperianos. Eliminarla es una reducción imperdonable. Sé que no es fácil explicar el episodio en una clase, pero debemos tener más fe en la capacidad de los estudiantes y los maestros, no suponer que solo van a entender la aventura de los molinos de viento.

La exaltación del *Quijote* en programas de estudio, que comienza en el siglo XIX, partió de la poderosa creencia de que existía un parentesco intrínseco entre el idioma, la literatura y la nación; que los clásicos de la lengua encarnaban la esencia de lo español. Esta noción fue aprovechada por políticos de diversas bandas, y tiene su expresión monumental en la estatua de don Quijote y Sancho en la Plaza de España en Madrid. Pienso que hoy esa idea ha perdido fuerza, lo cual explica en parte la crisis que mencioné antes sobre la disminución de lectores del *Quijote*. La narrativa moderna en español, sobre todo la hispanoamericana en Borges y García Márquez, ha elaborado una forma más moderna de incorporar a Cervantes al discurso literario contemporáneo. Pierre Menard y Melquíades son las manifestaciones más visibles de un *Quijote* actualizado, sin “españoladas”, para citar a Borges. Al nivel educacional debía concebirse una estrategia similar que destacara las enormes virtudes literarias y filosóficas de la obra de Cervantes. —

Una versión ampliada de este artículo puede leerse en nuestra edición en línea.

GÉNERO

EXPLICAR ES COSA DE HOMBRES

RAQUEL CASTRO

Yo creía que estaba loca o que era “demasiado liosa”: que nadie, más que yo, sentía que había una agresión cuando algún tipo empezaba a explicarme cómo hacer algo sin primero asegurarse de que yo no lo supiera hacer (y, a veces, sin enterarse de que yo lo podía hacer mejor). No era una cuestión de género, en el sentido de que me enojaba igual que fuera un hombre o una mujer quien me tratara con esa condescendencia cargada de superioridad (o por lo menos así lo veía yo), aunque de pronto me di cuenta de que pasaba muchísimo más cuando mi interlocutor era hombre. Al mirarlo retrospectivamente, advertí que me ocurría desde la secundaria, más o menos.

En la escuela estaba el compañero de equipo que no hacía nada (yo era la ñoña que hacía todo, de hecho) pero se empeñaba en decirme cómo hacer cada trabajo. Años más tarde, cuando fui guionista en un canal de televisión, teníamos al único tipo en un grupo de puras mujeres, que en cada junta nos repetía, según él, los fundamentos de la escritura para medios, sin importarle que varias de las compañeras tuvieran varios años de experiencia más que él. Entre los amigos no me fue mejor: una vez, estábamos bromeando sobre Chespirito (me pregunto si en el futuro será tan fácil entender esto) y a mí se me ocurrió decir:

—Ya, no lo insulten, si sí era bueno, acuérdense de que escribí *Los detectives salvajes*.

Y un amigo de mi esposo me dijo:

—No. Chespirito es Roberto Gómez Bolaños. El novelista es Roberto Bolaño.

Y yo, con voz de hielo y ojos de pistola:

—Ya sé, güey.

Lo que más me alteraba era cuando alguno de estos “expertos-en-lo-que-sea” lograba convencer a las mujeres a su alrededor de que sabía más. Por ejemplo, en un curso de relaciones humanas en alguno de los trabajos que he tenido nos pusieron en



†Todo lo que ya sabía acerca del mundo pero un hombre le explicó de nuevo.

equipos y la instructora pidió que nombráramos un capitán y un secretario. Casi me infarto cuando me di cuenta de que, de ocho equipos, siete tenían de capitán a un hombre y de secretaria a una mujer y, peor, que habían sido esas mujeres las que habían decidido la alineación. Pero ya dije: me entraba la duda de si el problema no sería yo. ¿No estaría siendo demasiado soberbia, demasiado pagada de mí misma?

Aunque a veces sospechaba que no era un problema de actitud mío, pude entender mejor las cosas cuando leí en la página web de *Los Angeles Times* el artículo “Men who explain things”, de Rebecca Solnit, publicado inicialmente en 2008. En él, la autora contaba una anécdota personal: en una fiesta, el anfitrión se puso a explicarle un tema en el que ella era la experta. De hecho, el libro más reciente de Solnit era sobre el tópico en cuestión, pero el hombre siguió y siguió hablando, e incluso le recomendó... ¡el libro que ella recién había publicado!

A partir de este artículo, se popularizó el término *mansplaining*, que se

refiere a la proclividad de muchos sujetos del sexo masculino a dar por hecho que saben más de cualquier tema que cualquier interlocutor del sexo femenino, y asumen que eso les da derecho a corregir, contradecir o, sencillamente, explicar lo que sea. Al parecer es muy frecuente en el mundo académico, como le ocurrió a Rebecca Solnit, pero lo es también en todos los otros aspectos de la vida, como consta en los ejemplos que narré al principio de esta nota. (Se me ocurre que, en español, podríamos etiquetar a esta conducta como *sermonbombrar*, pero la verdad es que suena espantoso.)

Habría que preguntarse a cuántos hombres les ocurrirá la experiencia opuesta: que una mujer les “explique” cosas mal, sin necesidad o de manera condescendiente (o todo a la vez) y dando la misma impresión de corregir a la otra persona aunque en realidad ella misma no sepa tanto como pretende. No tengo ningún conteo estadístico a mano, pero me parece claro, simplemente por mi experiencia cotidiana y por la de muchas mujeres que conozco o de las

que he sabido en los medios, que la situación está muy desbalanceada... en contra de las mujeres.

¿Qué lleva a un hombre a sentirse superior? Estoy convencida de que no es la “naturaleza” ni el “instinto” invencibles, esos argumentos rancios que se emplean para todo, desde vendernos productos en la televisión hasta tratar de convencernos de nuestra inferioridad. Más bien estamos arrastrando, como todas las otras sociedades del mundo, la carga de conceptos muy primitivos sobre el “papel” de las mujeres y de los hombres, impuestos por sociedades patriarcales que en buena medida han dejado de existir pero, misteriosamente, se niegan a darse cuenta. No es solo el cliché “mítico” del hombre como padre proveedor, encargado de salir con su lanza al exterior de la cueva, y la mujer como cuidadora de los hijos, obligada a quedarse con ellos. Para explicarnos el *mansplaining* sirve también recordar lo planteado por Mary Beard, la escritora y académica inglesa, sobre la costumbre masculina antigua —y muy bien documentada en textos clásicos de Homero a Shakespeare— de negar a las mujeres la posibilidad del discurso público con autoridad: la capacidad de hablar con todos y en nombre de todos. La condescendencia insidiosa que tantas mujeres hemos soportado es una versión “suavizada”, pasivo-agresiva, de los ataques que han pretendido silenciar a quienes intentamos hacernos oír más allá de las esferas pequeñísimas de la vida hogareña, que según tantos hombres exigen el abandono de toda discusión pública y, de hecho, de cualquier conversación que no sea entre nosotras, de “nuestras cosas”, o con las autoridades masculinas a las que estaríamos sometidas. Todavía se recuerda el exabrupto del político Diego Fernández de Cevallos contra el “viejerío”; todavía es habitual escuchar de mujeres descalificadas por “histéricas”, “escandalosas”, etcétera.

Sin embargo, ese rol estrecho e inamovible nos queda chico desde hace mucho tiempo. No queda más que continuar resistiendo: desterrar también los prejuicios asociados a él. Aunque nos lleve tiempo. —

TECNOLOGÍA

LO PRIVADO COMO MERCANCÍA

ANTONIO SALGADO BORGE

La masiva red de espionaje expuesta por Edward Snowden reveló lo vulnerable que puede ser la privacidad de los usuarios de los servicios de internet y de telefonía en todo el mundo. Después de hacer pública la forma en que el gobierno de Estados Unidos ha estado vigilando a millones de personas alrededor del planeta, quedó claro que el espionaje gubernamental es una práctica generalizada en muchas naciones. México no es la excepción. Apenas hace un par de meses se dio a conocer que nuestro país es el principal cliente de Hacking Team, una empresa dedicada a vender a los gobiernos herramientas para espiar a sus ciudadanos. Entre las instancias mexicanas que adquirieron sus servicios sobresalen dependencias federales, como el CISEN y la Policía Federal, y los estados de Campeche, Puebla y Yucatán.

Es natural que, ante estos escándalos, el debate se enfoque en cómo impedir que los gobiernos tengan libre acceso a los servidores de las empresas de telecomunicaciones. Por desgracia, en un segundo plano suele quedar una circunstancia no menos preocupante: en su mayor parte, los datos privados son obtenidos,

almacenados y utilizados discrecionalmente por compañías particulares.

Que las empresas guarden y utilicen los datos de sus clientes para fines comerciales no es una novedad. Sí resulta inédita la cantidad de información que es posible recopilar en un mundo cada vez más datificado, lo que esta información puede revelar de la vida de las personas y la forma en que es utilizada por las compañías. En su libro *Privacidad amenazada* Helen Nissenbaum postula que ya no es posible hablar de datos como si se tratara de mercancías en un almacén, dado que esta metáfora sugiere que la información simplemente se deposita en el interior de un espacio determinado. De acuerdo con esta profesora de la Universidad de Nueva York, lo que en realidad sucede es que los datos no solo son acumulados, sino que de ellos se extraen descripciones, predicciones y significados.

A los registros masivos de datos sobre acciones pasadas o preferencias de los usuarios generados a través del uso de los servicios de distintas empresas o plataformas se les denomina metadatos. Gracias a sofisticados algoritmos o herramientas analíticas, las empresas pueden generar conocimientos adicionales de sus posibles clientes que les permiten no solo realizar ofertas personalizadas basadas en sus hábitos de consumo, sino pronosticar futuras decisiones personales que no se limitan al ámbito comercial. Así,

actualmente Amazon puede predecir, con increíble certeza, qué libros serán atractivos para un cliente en particular. Teóricamente también sería posible anticipar, por ejemplo, no solo qué personas tienen más posibilidades de adoptar un perro, de viajar o de amistarse con otro ser humano, sino determinar la raza del can, el destino de las vacaciones y quién podría ser ese nuevo amigo.

Si bien el reclamo permanece desarticulado, en algunos países la preocupación por la recolección de información y su uso es muy real. Según encuestas del Pew Research Center en Estados Unidos, la mayoría de las personas siente que su privacidad está poco o nada segura al enviar correos electrónicos, mensajes de texto o usar redes sociales y, contrario a lo que podría suponerse, son más los adultos que afirman que las corporaciones están recolectando demasiada información que los que piensan lo mismo del gobierno. Nueve de cada diez estadounidenses están de acuerdo en que los consumidores han perdido control de la forma en que su información es recopilada y utilizada por las empresas.

En su lucha por limitar la intromisión del gobierno en sus vidas privadas los individuos han tenido de su lado a las grandes compañías, que no están nada conformes con tener al Estado husmeando en sus servidores. Empero, enfrentar a estas compañías y a sus políticas unilaterales de privacidad puede resultar un asunto más complicado. En teoría las personas podrían dar la espalda a las empresas si no les parecen las condiciones o los contratos que estas les ofrecen, pero en la práctica se enfrentan a un puñado de grandes corporaciones que controlan cada vez más espacios. La guerra entre Facebook, Google o Apple por posicionar sus *logins* como llaves de acceso universal a diversos sitios y servicios en línea —y, por tanto, disponer de todos los datos que sus usuarios generen en ellos— refleja esta tendencia.

Ante tal circunstancia el camino más lógico parecería ser pedir al Estado que intervenga para regular y vigilar a las empresas privadas. Sin embargo, esto generaría una

+El difícil arte de mantener la intimidad.



Fotografía: AP Photo / Ng Han Guan



+Rulfo, sesenta años de una obra maestra.

paradoja que ha sido identificada por Scott Anderson en su texto “Privacy without the right to privacy”: el derecho a la privacidad es especial porque se encuentra en tensión permanente con los medios institucionales coercitivos que se usan para garantizarlo. Para Anderson si el derecho a la privacidad significa no solo que el Estado no puede intervenir más allá de la frontera público/privado, sino un derecho genérico ante otros individuos, requiere por fuerza de la intervención coercitiva del Estado. El problema es que la privacidad de una persona terminaría entonces por enredarse dentro del aparato del Estado asignado para garantizar este derecho.

No contamos hoy día con un mecanismo lo suficientemente desarrollado para proteger la privacidad de los individuos de las grandes empresas y del Estado simultáneamente. La clave podría estar, como sugiere Eleanor Saitta, en las matemáticas. Una opción muy prometedora es la encriptación de los metadatos, que consiste en la codificación de cierta información mediante una clave gracias al uso de algoritmos; pero esto depende de que se implementen protocolos compartidos entre los diferentes sistemas de los dispositivos con conexión a internet. Y de la resistencia que presenten los gobiernos y las empresas ante el riesgo de perder algo que hoy les resulta, por distintos motivos, invaluable. —

ANÉCDOTAS LITERARIAS

RULFO, ARREOLA, CARBALLO Y CHUMACERO ENTRAN A UN BAR

EDUARDO HUCHÍN SOSA

Seis versiones poco difundidas sobre la redacción de *Pedro Páramo* (la número cinco hará que te desmorones como un montón de piedras):

1. Juan Rulfo había escrito una novela sobre un pianista ciego que se enamoraba de una prostituta. Allí Chumacero se deshizo del pianista y puso en su lugar a un cacique. Antonio Alatorre borró adjetivos y agregó sustantivos para que el escenario original de la historia, un burdel porfiriano, tuviera más aspecto de pueblo de almas en pena. Carballo quitó de la trama al matador de toros y lo sustituyó por un hijo que busca a su padre. Arreola oprimió la opción “Aceptar todos los cambios”.

2. Rulfo es el autor absoluto de *Pedro Páramo*. Los personajes, la organización narrativa, cada una de las frases son fruto de su genio. Escribió la novela, la tallereó consigo mismo, corrigió estilo, escribió su propio dictamen para el FCE. Diseñó la portada y la tipografía de las páginas interiores. Decidió sobre el tipo de papel y la forma de distribuir los ejemplares.

Finalmente, financió con sus ahorros la edición príncipe y compró el primer ejemplar.

3. *Pedro Páramo* es en realidad producto de la tradición oral. Su estructura fragmentaria y el sorprendente virtuosismo de sus diálogos así lo confirman. “Juan Rulfo” es apenas el nombre con que hemos decidido llamar a un grupo de rapsodas que, por generaciones, han ido de pueblo en pueblo cantando las hazañas de un cacique. Tampoco tenemos total seguridad de que Chumacero, Carballo, Arreola y los quince ganadores del Premio Juan Rulfo hayan existido alguna vez.

4. Arreola le escribía sus obras a Rulfo que le escribía sus poemas a Chumacero que le escribía sus reseñas a Carballo que le escribía sus estudios áureos a Alatorre que impartía las clases de Batis. Arreola fue olvidado, Rulfo reeditado, Chumacero homenajeado, Carballo denostado, Alatorre reivindicado y Batis jubilado.

5. A causa de la peste bubónica que azotó la ciudad de México en 1955, Juan Rulfo, Emmanuel Carballo, Alí Chumacero, Juan José Arreola y Mary Shelley se refugiaron en la casa que Lord Byron poseía a las afueras de Zapopan. Con el fin de entretenerse acordaron que cada uno contaría una historia de terror. Dos obras clásicas del género de fantasmas nacieron en el cumplimiento de dicha tarea: *Protagonistas de la literatura mexicana* y *Pedro Páramo*.

6. Existen, al menos, cinco borradores de *Pedro Páramo*. Rulfo entregó uno al Fondo de Cultura Económica, otro al Centro Mexicano de Escritores, uno más a Arreola, otro a Chumacero y el último a un burócrata de la CIA, que para entonces ya le daba dinero. En apariencia los borradores tienen leves diferencias entre sí, pero un análisis más riguroso revela que en realidad se trata de cinco novelas distintas: una es de carácter simbólico; otra, sobrenatural; otra, policial; otra, psicológica; otra, comunista. Se desconoce aún cuál es la que llegó a las librerías. —